

MOTOS INFANTILES

Ingeniosa legión de muchachitos sobre los radios de sus bicicletas aplican ruidosos cartoncitos. Bonito modo de imitar las motos; estupendo consumo de tarjetas, lejano retumbar de terremotos...

MORALEJA

Plaga, ésta del motor, insufrible, irritante... Mas, ¡quéjase el viandante, o es que envidia al conductor!

*

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS

19 DE NOVIEMBRE DE 1953

DENTRO Y FUERA DE LA PANTALLA



Eso, o mejor aun decir ese artificio que se llama el séptimo arte, sigue siendo por el momento en estas latitudes el espectáculo que disfruta de una mayor popularidad.

Pese a los duelos accidentales entre los magnates balompédicos, como el que recientemente enfrentó a los dos trusts futbolísticos de Madrid y Barcelona, todavía a la hora de la verdad, ni Kubala ni Di Stéfano han logrado eclipsar las rutilancias, pongamos por caso, de una Silvana Mangano.

El cine por ahí sigue defendiéndose con una tal bravura, que las tres cuartas partes de nuestro mundo espectador preferirían vivir un sábado de ayuno antes que un domingo a dieta de celuloide.

Al margen de la técnica

La línea que previamente se trazó este escritor como pauta del presente reportaje, quiso eludir la menor bifurcación que, le llevara a tratar sobre las calidades y desaciertos que el cine, como el resto de las artes, tanto afines como rivales, sigue produciendo.

Para ello, dispone este semanario de su sección correspondiente que dirige y administra un crítico excelente. Y, puesto que ni con la crítica vamos a meternos, mejor será dejar para cuando llegue la ocasión un tema tan candente como el que acaba de proporcionarnos «Androcles y el león», reproduciendo la fábula de Bernard Shaw, y en cuya cinta le hallaron algunos críticos los mismos pelos que luce la fiera en su melena.

Donde las dan...

Aunque algo se deba a la mala calidad de ciertas obras, el arte de Talía recibió con el cine un golpe tremendo del que, entre nosotros al menos, no puede reponerse tan fácilmente.

Una horca muy parecida a la que el cine montó para el teatro, acaba de instalarla ahora la televisión que para el cine constituye el espectro de un nuevo Herodes.

Por eso el cine se defiende como puede, yendo en busca de esa tercera dimensión que hasta el momento no ha logrado más que aumentar la producción de tabletas calmantes que nos suministra la casa Bayer.

El festival de las gafas

Nuestra ciudad que lleva la delantera en muchos estrenos cinematográficos — ocasión que con estas líneas aprovechamos para dar las gracias a sus promotores — organizó no ha mucho como no podía ser menos, el consabido festival de la tercera dimensión. Y la cosa como es natural, resultó muy chocante y divertida.

En primer lugar, el programa

— anunció convocándonos a la cita fué todo un tratado de cláusulas y advertencias como los que engalanan el dorso de las pólizas de seguros. Algo así como un contrato de inquilinato, en el que se regulaba el uso y disfrute de unas gafas que más tarde debían ser devueltas, cuando a través del aparato de todo aquel articulado merecía el espectador que le cedieran por lo menos un piso en arriendo.

Y además.....

La segunda cosa fué tanto o más graciosa que la primera. Si ve usted mal el relieve de esta película — se nos dijo con todas sus palabras — consulte con el oculista, puesto que usted anda mal de la vista.

Muchas gracias. Tras cuernos palos. O sea que más facil fué regalar un consejo, que no darnos, como hubiera sido lógico — lógico y necesario — una tableta de aspirina.

Un sueño todavía

Con ello tenemos que, digan lo que digan los anuncios y proclamas, la tercera dimensión anda todavía por los aires. Mientras la sensación del relieve tenga que apoyarse en unas gafas no es lícito afirmar que la tercera dimensión haya sido alcanzada, ni menos para organizar esta clase de festivales en los que la buena fe del espectador es base y premisa indispensables. O sea para decirlo en una palabra: Que nos parece monstruoso eso de tergiversar los papeles, cual supone el hecho de que el cojo esté en la pantalla sin esfuerzo, esperando que el espectador le haga andar con las muletas que, al entrar, le pusieron en los ojos. Y luego, para colmo, que a uno le digan que si el cojo anda mal es por que el espectador anda peor de la vista. Vamos señores: Que la vista precisamente es lo bueno que tenemos. Y la prueba de ello es lo que estamos diciendo a causa de haber visto, con marca y firma de las casas productoras, un magnífico plumero.

Cine sin palabras

Eso es otra cosa. La producción de «El espía», sin diálogo ni palabra, es realmente un logro. Solo que «El espía», en nuestra ciudad, ha tenido que enfrentarse con aquella porción de público, ridículamente minoritario, que no sabe resistir la tentación de comentar en alta voz las incidencias de una película.

¿Cuándo nos vamos a callar? Hay libertades — admitiendo que el chismorrear en la oscuridad lo sea — que no pueden ni deben tolerarse, como lo resultan aquellas que aun siéndolo

Sintoniz

EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA, TRAGEDIA DE ESTE SIGLO

¿Por qué no vuelven ustedes a insistir sobre el problema de la vivienda?

Todos los días, y en este caso sin la excepción que en otros por lo menos justifica la regla, suena a nuestros oídos la misma pregunta. Y para nosotros nada más triste que vernos obligados a reconocer que el problema sigue igual en toda su extensión y gravedad, sin que nuestras prédicas hayan conseguido otra cosa que dar vueltas y más vueltas a un problema que sigue intacto, por desgracia, todavía.

Hemos de reconocer que a la ciudad, por lo que sea, le ha faltado aquella decisión que requieren las empresas mayores. Quien debe resolver para sí un problema, de poco le sirve escurrirse en el hecho de que, por lo general, a los demás — como ello afecta en nuestro caso a todo un mundo — les ocurra tres cuartos de lo mismo.

El otro día, un amigo remitió a este escritor una carta, dándole traslado de unos párrafos de otra que aquél había recibido. Con frase muy dura, un guixolense contaba a nuestro amigo su tragedia por la falta de una vivienda aceptable donde poder colocar con cierta dignidad a su familia.

No vamos a aportar más testimonios de lo mucho que al particular podríamos seguir escribiendo. Lo peor del caso es que hallándose este asunto en la conciencia de todos, nada se haya logrado para intentar acallarla.

De males este siglo tiene muchos. Pero como el de la vivienda, sinónimo de familia, creemos que ninguno.

Pol

para uno, de más lejos o más cerca, molestan al vecino que las aguanta. Y, no duden que eso pasa, porque nunca la buena educación se decidió a decir basta.

¿Hasta cuando?

Y, completando el panorama de nuestras actuales desdichas en torno del séptimo arte, véase este movietone obligado a recordar una vez más que debe ponerse coto a cuanto ocurre en las sesiones cinematográficas de los sábados por la noche.

Todos los chistosos (?) que levantan la voz para corear una escena, o dicho más simplemente para poner de manifiesto su mala educación, deben enterarse, sean de donde sean, que la ciudad nunca y menos ahora, ha tolerado esta clase de espectáculos que constituyen todo un bochorno.

Y así como no hace muchos días pedimos para cierto asunto un mayor tacto, con la misma nobleza que entonces nos obligaba, vaya ahora solemne y contundente nuestra repulsa hacia quienes turban el orden y el respeto que debe reinar en cualquiera de los actos y manifestaciones de nuestra vida colectiva.

Rodín



“ EL ESPÍA ”

a) EL FILM. — Nos hallamos ante un curioso e interesante experimento cinematográfico: el de las películas sin palabras. En el número de ANCORA correspondiente al 6 de noviembre de 1952, hace más de un año, se habló de esta película, posiblemente antes que ninguna otra revista española lo hiciera. A lo que entonces se dijo remito al lector interesado. Lo que la crítica americana opinó de la película lo suscribo totalmente. Si hubiese sido un film hablado, no habría pasado de corriente, incluso de vulgar, en el sentido que suelen serlo los films de espionaje, donde siempre se repite el mismo tópico de la persecución, las cadenas de agentes y la variedad de escenarios.

Pero aquí la buscada ausencia de diálogo, la total supresión de la palabra a lo largo de un film de duración normal, introduce un elemento de «suspense» en alto grado significativo. Es lo que los franceses llaman «un tour de force». El tema en sí, ha sido muy bien escogido, pues nada mejor que el silencio para rodear a un espía, a un ladrón de secretos importantes. Lo que Russel Rous (director) y Clarence Greene (productor y guionista) han logrado es demostrarnos como se puede hacer un film de circunstancias especiales sin pizca de palabra. Y, nunca como ahora se echa de ver cuán destructor puede ser el elemento oral para lo que de visual encierra una película. Pero, también es justo reconocer que nos hemos acostumbrado de tal forma al diálogo, que se nos antoja que un término medio debe de ser lo más justo: ni esa verborrea constante de algunas películas ni ese silencio total de la que ahora nos ocupa. Algo de diálogo para acompañar la acción, eso es lo admitido por todos los tratadistas del cine.

b) LOS GAMBERROS. — La presentación de una obra como ésta había de chocar, con la obtusa sensibilidad de los gamberros de turno que, apostados en el piso alto del salón, y distribuidos convenientemente por la platea, se dedicaron a inventar por su cuenta el diálogo que a la película faltaba, llegando a decir verdaderas procaçidades, y molestando, naturalmente al resto del público, cuya existencia es de ley ignorar en los reglamentos prehistóricos del gamberrismo. Los gritos, imprecaciones, risotadas, aullidos, lamentos, rebuznos, se sucedieron sin interrupción durante la proyección del film, sin que se oyeran más que algunos siseos aislados que tuvieron la virtud de exaltar más todavía a dichos animadores. No sabemos como podría terminarse con esa plaga de señores que pagan su entrada para darse el gusto de pegar gritos, allí donde hay doscientas personas más que se están calladas. Suponemos que terminar con ellos debe de ser en grado mayúsculo difícil, cuando hemos llegado a estas alturas y no hay modo. Será, sin duda cosa insoluble, y por lo tanto, habrá que seguir aguantándolos, o no ir al cine.

J. Vallverdú A.